



UN MES.

Madrid... 6
Prov. 3 meses... 20

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... 60
Provincia... 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL SPERONARE, por Alejandro Dumas.—Uno id. de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

PALACIOS ESPAÑOLES.

GUADALAJARA.

La ciudad de Guadalajara se halla situada á 40 kilómetros de Madrid, á la orilla izquierda del Henares. Un puente antiguo, algunos restos de monumentos y varias inscripciones, prueban que los romanos habían fundado allí una ciudad de bastante importancia. Sin embargo, la histo-

ria de la ciudad data solamente de la conquista de los árabes; ellos la dieron el nombre, y en recuerdo de su dominación, se enseñan aun los restos de algunos muros y de dos mezquitas, una consagrada hoy al culto católico bajo el nombre de San Miguel, y otra que sirve de cárcel.

A principios del siglo último, Guadalajara llegó á alcanzar un grado de riqueza y de actividad desconocido en lo demás de Castilla. El cardenal Alberoni, admirado al ver que las hermosas lanas que produce la España en tanta abundancia, salían del reino á precios ínfimos para volver á ella á precios elevados bajo la forma de paños y otros tejidos de lana, resolvió destruir en España aquel impuesto de la fabricación extranjera, y al efecto llevó de Holanda algunos fabricantes experimentados, y muchos obreros elegidos entre los mejores, estableciéndolos con sus telares en el castillo de Ateca, en la jurisdicción de Aranjuez, país malsano durante los grandes calores. En efecto, aquellos hombres, acostumbrados á un clima mas frío, no tardaron en caer malos, y en 1719, un año después de su llegada á España, tuvieron indispensablemente que cambiar de residencia. Eligióse, pues, la ciudad de Guadalajara á causa de su salubridad; fundáronse en ella grandes establecimientos, y en poco tiempo se pusieron en movimiento hasta mil telares. Una administración íntegra y severa aseguró la prosperidad de esa manufactura en grande escala, y como la España tenía entonces el monopolio de la importación de mercancías en toda la parte de la América sometida á su dominación, su comercio tenía naturalmente abiertas grandes salidas. Así sucedió que en poco tiempo sus productos no solo rivalizaron con los demás países del continente europeo, sino que se presentaron en los mercados con un precio inferior de 15

ó 20 por 100 al de los productos análogos de los demás países.

En 1757, el gobierno español cedió sus fábricas al gremio de comerciantes de paños de Madrid, por un período de diez años, acordándole infinitos privilegios, pero este cambio fué desastroso, ora por incapacidad, ora por mala fé de los que se pusieron al frente de la empresa. Los sócios se retiraron al cabo de diez años, después de haber sufrido considerables pérdidas. El gobierno llamó en vano á nuevos empresarios, pues se vió obligado á volver á administrar aquello por su cuenta; pero desgraciadamente la antigua tradición de probidad había caído en desuso, y en poco tiempo se sumieron allí sumas enormes de dinero. Además, en tanto que las ciencias físicas y químicas hacían grandes progresos en el resto de la Europa manufacturera, mientras se aplicaban nuevos procedimientos al arte del tejedor y del tintorero, la fábrica de Guadalajara no adelantaba un paso, y por consecuencia se le iban cerrando poco á poco los mercados del continente, y hasta la misma América disminuía los pedidos. La

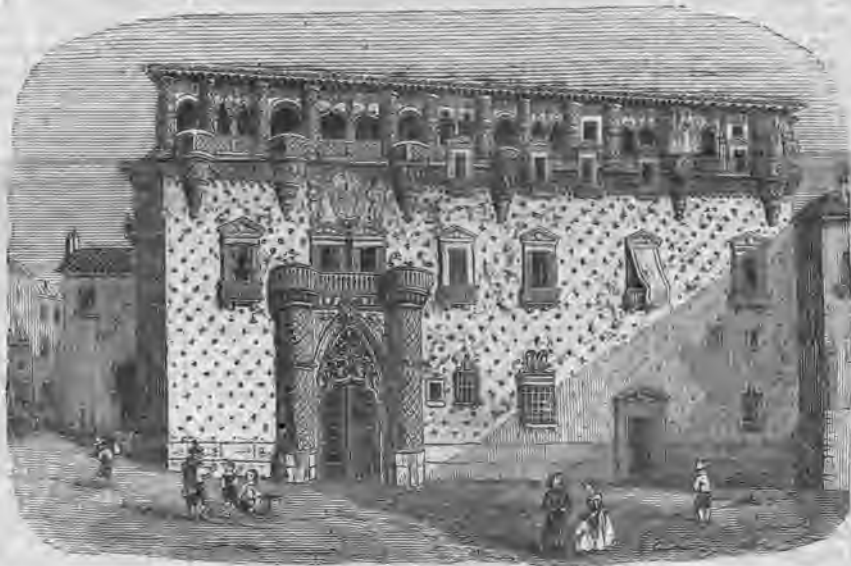
hardas destinadas á la defensa, y dos torrecillas á los dos lados de la puerta, figuran las torres que se ponían antes á la entrada de las fortalezas para defenderlas. Estos son los preciosos caracteres que marcan á las claras la transición del paso de la arquitectura de la edad media á la del renacimiento. Sabido es lo mucho que cuesta hallar un monumento de transición completo. En los pasados siglos no se improvisaban iglesias ni palacios; la construcción era lenta; muchas generaciones se sucedían antes del fin de la obra comenzada, y cada arquitecto que se sucedía en la obra, introducía en ella el gusto del siglo en que trabajaba; por eso los monumentos completos de una época son muy raros, y el palacio de Guadalajara es una de estas curiosas excepciones.

Por una razón difícil de explicar, la puerta no se encuentra en medio del monumento. ¿Consistirá esto en su distribución interior, ó será cierto que solo los soberanos disfrutaban antiguamente en España del privilegio de tener su puerta en medio del palacio? Sea como quiera, en ninguna de las casas de la aristocracia española construídas antes de la segunda mitad del siglo pasado, se ve la puerta principal en medio del edificio.

Interiormente el palacio ha experimentado notables cambios. Las costumbres de los últimos siglos no podían respetar la antigua distribución de los aposentos. Las líneas primitivas de la fachada se hallan cortadas por ventanas de un estilo moderno, relativamente hablando. Lo que sobre todo entristece á los artistas es el interior del patio. ¿Qué efecto tan singular producen las columnas toscanas, tan finas y pulidas, sosteniendo ese encaje de piedra! Además se ha tapiado un lado entero en la galería superior, para que sirva de dormitorio á los criados. El duque de Osuna y del Infantado, dueño actualmente de este palacio, debiera tratar de devolver el carácter primitivo á esta magnífica galería.

Aun se admiran en el edificio techos elevados, cortados en cuarterones adornados de pinturas de mil colores y con ornatos preciosos; ingeniosos dibujos de azulejos; grandes chimeneas, ricamente esculpidas que recuerdan los tiempos de los guerreros cubiertos de hierro, y los tiempos en que los prelados gobernaban; pero se echa uno á reír de ese sueño cuando ve el traje de los criados, el billar, único mueble de una de las mejores piezas, y la soledad y el silencio que reinan en ese inmenso edificio.

El salón llamado de los Linages, porque las pinturas que le adornaban representaban las armas de la mayor parte de las familias nobles de España, es la perla de esa magnífica alhaja. Ocupa este salón todo un lado del edificio, pero su anchura no corresponde con su longitud. La chimenea colosal que adorna una de sus estremidades, es una verdadera obra maestra de escultura. En el techo se ven mezclados los recuerdos del arte árabe con el gusto mas esqui-



Palacio de Guadalajara.

invasión de 1808 dió el último golpe á este establecimiento. En 1826, algunos empresarios extranjeros, queriendo reanimar la fabricación se arruinaron, y desde entonces aquellas magníficas manufacturas, que encerraban en sí tantos elementos de prosperidad, fueron completamente abandonadas.

Si Guadalajara ve aun en el día en sus calles algunos viajeros, no son ya industriales, sino algunos amigos del arte, que después de haberse alejado de Madrid para visitar la iglesia de San Ildefonso y la tumba del cardenal Cisneros, obra maestra del siglo XVI, sienten la curiosidad de visitar el célebre palacio del Duque del Infantado.

Algunos eruditos aseguran que este palacio fué construído por el cardenal Mendoza, de la casa del Infantado, que nació y murió en Guadalajara. El estilo general del edificio parece justificar esta opinión. La fachada presenta un desarrollo considerable; todavía se pueden distinguir bajo la forma del ornato los recuerdos feudales; la galería saliente que corona el edificio presenta varias aberturas perpendiculares ó bu-

sito del renacimiento. Lo que realza en extremo el mérito de este salón, es la circunstancia de ser todo dorado; un antiguo autor lo describe diciendo que parece una ascua de oro. En el día sirve para encerrar muebles viejos, y lo que queda de su esplendor antiguo se halla oculto por el polvo y las telas de araña.

Se cuenta que Francisco I en su viaje á Madrid, despues de la batalla de Pavia, se detuvo en el palacio de Guadalajara, donde el duque del Infantado le trató con mucha magnificencia y cortesía. Sin embargo, como el duque no pudo acompañar al rey por causa de la gata, á ver el salón de los Linages, espléndidamente iluminado, encargó al conde de Tendilla y al marqués de Mondejar que hicieran los honores al ilustre prisionero. Un poeta llamado don Alonso Núñez de Castro, escribió en verso esta visita, enumerando los nobles escudos que adornaban la sala, es un documento precioso para la historia.

Las armas de Guadalajara representan un caballero montado y armado de pies á cabeza, hallándose destinadas á perpetuar la memoria de Alvar Fañez de Minaya, sobrino y fiel compañero de Rodrigo de Viver, el Cid Campeador. Alvar se batió valientemente con el célebre capitán de los setenta y nueve combates que este sostuvo contra los moros, y libertó á Guadalajara del yugo de los infieles.

EL DUELO EN LA SELVA NEGRA.

Hace cerca de treinta años, un joven estudiante de Heidelberg, llamado Schwartzkopf, nacido en la provincia de Hesse, aturdido, de un corazón escitante y animoso, pero jugador y disipado, recibió una carta cuyo sello negro y extraña escritura le causaron un movimiento de sorpresa. Le escribía su tutor que su madre, pobre mujer que se había privado de todos sus recursos por darle una educación esmerada, acababa de morir, que no le había dejado ninguna fortuna, y que no le quedaban mas que dos partidos que tomar, elegir una profesion ó sentar plaza. El juego y los usureros no habían dejado á Pedro (este era su nombre de pila) mas que el traje que llevaba, el sable de pesada empuñadura del estudiante alemán, y una pequeña mochila. Pasó la noche sin dormir, y al día siguiente á las cinco, despues de haber pagado á su patrona con algunos reales que le quedaban, compró un pan, le metió en su mochila con el meerschaum (pipa alemana), indispensable, salió de la ciudad por el camino de Frankfurt, y marchó por siempre adelante con una sombría resolución, no deteniéndose mas que para comer un pedazo de pan y descansar.

En la noche del segundo día, cuando se aproximaba á un bosque, se levantó un gran viento; los negros pinos crugían y lanzaban gemidos, inclinándose hacia el viajero que marchaba contra el viento. No era miedo lo que sentía; hubiera querido que uno de aquellos grandes árboles se hubiese desajado, y le sepultara en su caída. Cálala noche, y el huracán se anunciaba: se puso á cantar, como un hombre que quiere olvidar la vida y sus penas.

—¡Alto ahí! dijo una voz, mientras que tres hombres en traje de caza y con el rostro tiznado de negro, desembocaban de una espesura de pinos nuevos. Tres pares de pistolas saludaban á la vez al joven. La desesperacion nada teme: las apartó con desden, y muy tranquilo, como si hubiesen ido á importunarle mas bien que meterle miedo, y les dijo:

—Dejadme tranquilo, no puedo hacer nada por vosotros.

—Muy bien, mi amo, le dijo el primer ladrón; pero con vuestro permiso, haremos mas íntimo conocimiento con la pequeña mochila que tenéis á vuestra espalda.

Pedro se sentó sobre un tronco de árbol, se quitó su mochila, sacó de ella su pipa y les dijo:

—¡Dadme fuego!

Luego les alargó la mochila.

—Pero, continuó, espero que no creéis pesados; tengo que continuar mi camino.

Los ladrones no pudieron menos de reírse de

su sangre fría. Se puso á fumar tranquilamente, y despues de un minuto dijo:

—Preciso es convenir en que sois muy torpes. ¿No debíais haber conocido á la primera ojeada que no había nada que ganar conmigo?

—¡Silencio, perro! gritó uno de los hombres, ó le meto esta bala en el vientre.

—Harías una bella accion. Mas has de saber que si no fueses un mal ladrón, te exigiria inmediatamente una satisfaccion por haberme llamado perro.

—Pardiez, está en su derecho, Heiner, interrumpió un bandido; no tiene miedo, es valiente.

—Y yo, ¿creéis por ventura que le tengo miedo?

—Yo te creo... replicó Pedro que continuaba fumando, ¿te creo un mandrial!

Heiner arrojaba espuma de coraje; su vanidad de ladrón estaba herida; quería batirse en el mismo instante contra Pedro, que continuaba fumando.

El registro de la mochila había terminado. Quedó convenido que los dos adversarios decidirían su querrela en el campo mismo de los bandidos, en el centro de la selva donde se habían construido un asilo impenetrable. Pedro lo siguió, hablando alegremente con ellos y refiriéndoles todas las anécdotas de su vida de estudiante. Se internaron en las espesuras del bosque. De trecho en trecho estaban colocados centinelas que tenían pequeñas bocinas de caza pendientes de la cintura, y que advertían la vuelta de los bandidos á los que habían quedado en el campo. La cima de una quebrada, rodeada por todas partes de rocas coriadas á pie, coronadas de pinos y arces, encerraba una docena de chozas groseramente construidas, que servían de habitación á estos señores.

Pedro fué presentado con grande ceremonia á los veinte ó treinta hombres de la compañía, quienes aplaudieron extraordinariamente sus intenciones. Las mujeres encendieron grandes antorchas de pez y resina para iluminar el combate; formaron círculo. Heiner se quitó su vestido de caza, y en medio del silencio general, turbado únicamente por los bramidos del viento entre las ramas, comenzó el duelo.

Estando toda la fuerza muscular del lado de Heiner, abrumó á su joven adversario con una granizada de terribles golpes, que Pedro evitó ó paró, sin tomar la ofensiva. Había aprendido en la universidad todas las suertes de la esgrima, y las había practicado mas de una vez. Dejó aquella furia estallar y disiparse; y en el momento en que la fatiga rendía el brazo de Heiner, le atravesó el pecho de una estocada. Saltó la sangre, y los camaradas de Heiner se apresuraron á rodearle. Luego los vió agruparse bajo una roca, hablar en voz baja, consultar entre sí, y tratar, al menos según parecía, una cuestion importante: Al cabo de algunos minutos se dirigieron hacia el joven y le hicieron la siguiente proposicion. Su capitán había muerto algunos días antes, de un balazo que le dió un aduanero; si quería ocupar su plaza le concederian la vida. Aceptó; las mujeres llevaron vino en grandes tazas de Silesia, y bebieron á la salud del nuevo capitán.

Durante diez años, el nuevo Juan Sbagar, que disciplinó su tropa, la hizo renunciar á las empresas homicidas; adoptó la peligrosa profesion de contrabandista. Llegó á ser sumamente opulento, se escapó seis veces de la cárcel, casó con la hija de un rico inspector de montes, sentó plaza en el ejército de Blucher, y murió como un bravo en Waterloo, con el grado de teniente.

EL AIRE

CONSIDERADO COMO ALIMENTO; VENTILACION.

ANÉCDOTAS RECIENTES.

LOS FILÓSOFOS DE EDMBURGO.—LOS JOVENES CONVIVADOS.

La atmósfera en que el hombre vive, ejerce sobre él una poderosa influencia. Sin embargo,

no se para mientes en esto, y aun se diría que los arquitectos no se llevan otra mira que privar á nuestras habitaciones del aire. Y sin embargo, si este fluido vital no encontrase medio de introducirse por fuerza á través de las imperfectas junturas de nuestras ventanas y puertas, moriríamos ahogados; literalmente hablando. Frecuentemente en los placeres ó los trabajos de la civilizacion, amontonan á los hombres en un estrecho local, donde los pulmones de cada uno no pueden aspirar mas que un aire viciado.

¿Qué cantidad de aire necesita cada uno de nosotros para vivir? Un doctor inglés llamado Reid, pretende que cada uno necesita diez pies cúbicos de aire por minuto; nosotros creemos que el consumo de aire vital está en proporcion con la constitucion del individuo, la fuerza de su estómago y la temperatura del aire. Una persona sedentaria necesita menos aire que una persona que hace ejercicio; y un aire demasiado puro, es decir, que contenga demasiado oxígeno, consume la organizacion humana y despierta un apetito fabuloso que exige la reparacion de la fuerza por medio de una rica alimentacion. Un químico suco, el doctor Liebig, llama al oxígeno el devorador universal, y tiene razon. A medida que uno se eleva sobre las montañas, mas depurado está el aire, se trabaja mas el organismo, se aniquila y tiene necesidad de alimentos. Nuestros epicúreos ignoran que comiendo en una atmósfera caliente, privada de ventilacion, reducen su apetito á la mitad, y faltos de cantidad suficiente de oxígeno, se hacen incapaces de apreciar y aun digerir los productos gastrodómicos de los mejores cocineros. He aquí una anécdota muy curiosa y reciente, de la que los propietarios de fondas y andaluces sacarán sin duda utilidad, y que prueba que la renovacion del aire es tan necesaria al apetito como el alimento lo es á la vida. En ella se verá un senado de graves filósofos escoceses, beber mucho mas que lo razonable sin saber siquiera el exceso que cometen, y sin esperar ningún resultado peligroso.

«Cincuenta miembros de la sociedad filosófica de Edimburgo, dice el doctor Reid, debía comer en la fonda de Mr. Bary. Me suplicaron tomase las precauciones necesarias para la ventilacion del comedor, que se trataba á la vez de mantener caliente y sano. Me encargué de esta operacion, y creo que lo conseguí demasiado bien para el interés del dueño de la fonda; tambien creo que los convidados no tendrán razon alguna para mostrarse descontentos. Hice unir los tubos de la chimenea á una pectina gótica que ocupaba el centro del techo, y lo arreglé de manera que la combustion del gas que iluminaba la sala, fuese totalmente absorbida.

«Desde las cinco de la tarde hasta las doce de la noche, la atmósfera se renovó por medio de corrientes de aire superior que habia yo proporcionado, y que pasaban tan pronto á través de paños mojados en agua de azahar, tan pronto á través de la muselina impregnada en agua de Labanda. Pequeñas aberturas practicadas en el techo, y correspondiendo con la corriente de aire superior, impedían que los convidados respirasen dos veces el mismo aire. Nada se notó mientras la comida, que duró largo tiempo, sino que los convidados estaban muy alegres. Mas cuando se hubieron retirado á eso de las dos y media, se encontró con que la honorable y grave sociedad había bebido tres tantos mas de vino que en sus reuniones acostumbradas. El dueño de la fonda se había encontrado en un aprieto, obligado á enviar á buscar nuevas provisiones de vino en carros. Los que ordinariamente consumían media botella, se habían escedido hasta dos botellas y media, y nadie, incluso el jefe del establecimiento, se quejó de haber sufrido la mas ligera incomodidad.»

El mismo doctor Reid, que preparo para los pequeños placeres de los filósofos que cenar, céfros de azahar y agua de Labanda, ha llegado á ser un verdadero monómano de ventilacion: algunos de sus experimentos se aproximan á la burla. Amigo de un director de Instituto que no era del mismo parecer que el fondista Bary, y que encontraba el apetito de sus discípulos peligroso y poco económico, le propuso dar á estos últimos una espléndida cena, y detener en el mo-

mento convenido el ejercicio de sus facultades digestivas. La crema y las pastas desaparecieron como por encanto, y amenazaban los estómagos hacer aun un consumo espantoso, cuando el doctor, verdadero Eolo, hizo suceder á la ventilación perfumada y fresca con que habia acompañado la comida, un aire caliente, pesado y nauseabundo, al que niugun apetito resistió. Todos los discípulos salieron en tropel y riendo de la atmósfera así transformada.

Cualquiera que sean los raros excesos y abusos á que la monomanía ventiladora del doctor haya podido dar lugar, está probado que el aire es un *alimento*, y una condición esencial para sentirse bien, es respirarle puro.

Guardaos de vivir en un lugar privado de aires respirables. Alejad de vosotros tanto como sea posible, todo gas que no pueda mantener la vida. Como asimilando los elementos del aire, le despojamos en provecho nuestro de los que nos convienen, se vicia á medida que le respiramos, y termina por no convenir ya á nuestro organismo. Si estais encerrados en una habitación y sentados al bufete, comed poco; habeis tenido pocas pérdidas. Entregados á un ejercicio violento y respirando un aire oxigenado, podéis comer mucho sin temor.

Guardaos de cambiar súbitamente las condiciones atmosféricas en que debéis vivir. No solamente no se abandona impunemente un aire sano por uno impuro, sino que es peligroso abandonar una atmósfera viciada por la atmósfera mas pura. El Danubio y la isla de Walcheren, son célebres por su insalubridad. Cuando los proscriptos franceses abandonaban esos infectos pantanos para pasar á un aire puro, jamás dejaban de adquirir una grave enfermedad.

El aire de los salones está en general emponzoñado, y tal duquesa joven, brillante y cubierta de diamantes, va á buscar el placer á una vasta caja de aire corrompido, casi herméticamente cerrada. ¿Cuál es la causa de esa palidez, por qué esa languidez de la mirada y ese hinc morado del cálix? La causa no es difícil de adivinar. Quinientas personas reunidas en el mismo local, aspiran por minuto quinientos volúmenes de aire atmosférico, que vuelven á salir insalubres para la vida. Cada respiración, cada suspiro, vicia cerca de seis pulgadas cúbicas del mismo elemento, y de minuto en minuto, de hora en hora, la atmósfera se hace mas rara y menos respirable. Ciertamente ha sido necesario que diese Dios al poder de la vida en el hombre una fuerza muy invencible, para que el rico y el pobre, que se complacen en jugar así con la vida y la muerte, los unos buscando el placer, los otros bajo el yugo cruel de la miseria, enciendan medio de escapar á tantas faltas de prevision. Recientes experimentos han probado que la cantidad de oxígeno, es decir, de aire vital respirado en Hampstead, cerca de Londres, es á la del mismo elemento respirado en esta ciudad, como uno y medio es á uno.

Mrs. Bousingault y Levig, han hecho en Andilly y en Paris el mismo experimento, y sus resultados, sin ser tan admirables como los de los experimentadores ingleses, han probado lo mismo. Han reconocido que el aire de Paris, en la calle Moutard, contiene cien partes de gas ácido carbónico, verdadero veneno destructor de la vida, y que sin embargo, está siempre mezclado á la atmósfera, mientras que la misma cantidad de aire en Andilly, no contiene mas que noventa y dos.

ECONOMIA DOMÉSTICA.

ARTE DE QUITAR LAS MANCHAS.

Al escribir este artículo es nuestro objeto hacer conocer un cierto número de recetas fáciles de seguir, por medio de las cuales cada uno puede quitar las manchas mas comunes sin acudir á la tienda del quitamanchas. Pueden distinguirse muchas especies de manchas segun la naturaleza de los cuerpos que las han producido, y la operación especial que han debido hacerles sufrir.

1.^o *Manchas de agua.* El agua puede obrar de dos maneras sobre las telas, quitándolas el *aderezo* que sirve para dar lustre á ciertas telas, ó disolviendo los colores de su tinte. En el primer caso basta quitar el *presado* de la tela esponiéndola á la humedad durante algun tiempo; por ejemplo, dejándola permanecer dos dias en una cueva. Se deslostran igualmente las telas á la acción del vapor del agua: en todo caso el deslustro tiene siempre por efecto destruir de una manera uniforme el exceso de aderezo de la tela, mientras que las gotas de lluvia no producen el mismo efecto sino en algunos casos. En cuanto á los colores de los tintes que se quitan por el agua, basta meter la tela en agua para debilitar el color de una manera uniforme, y hacer desaparecer así las manchas.

2.^o *Manchas de hierro.* Los tejidos de lino, de cáñamo y de algodón, toman muy fácilmente las manchas de hierro. Para quitarlas sobre los tejidos blancos se sirven de la *sal de acedera* (bi-oxalato de potasa), ó mejor *ácido oxálico*, que se reduce á polvo, y con el que se cubre la mancha mojiéndola antes: se frota entre los dedos, y se lava despues. Se favorece la acción del ácido oxálico, colocando sobre la mancha una cuchara de estano ó una hoja de estano, de esas que sirven para envolver el chocolate ó los dulces. Este procedimiento es muy pronto, y no ofrece el inconveniente de echar á perder las ropas. Pero los colores de las ropas tejidas é impresas muchas veces, se quitan por el ácido oxálico, y debe entonces preferirse el *ácido clorhídrico* ó *muriático*, que no ataca sino un corto número de colores. Este ácido pone encarnados frecuentemente los negros, grises, azules y morados, pero se restablecen estos matices á su tinte primitivo lavando la tela en agua con un poco de amoniaco (álcali volátil). Como el ácido clorhídrico encierra un poco de ácido sulfúrico, es preciso lavar la tela con el mayor cuidado, y aun emplear en este lavado agua de jabon, ó agua ligeramente amoniacal. Si no se laviese este cuidado, el ácido sulfúrico destruiria la tela, y cada mancha se veria reemplazada por un agujero.

3.^o *Manchas de tinta.* El ácido oxálico y el agua de Javelle convienen mucho para quitar las manchas de tinta sobre las telas, como sobre el papel. La acción del agua de Javelle debe prolongarse frecuentemente durante algunos dias. Vale mas operar así que emplear el agua de Javelle demasiado fuerte, que atacaría los tejidos. Las manchas de tinta quitadas por el agua de Javelle, conservan siempre una débil tintura de hierro, que se quita por el ácido oxálico ó clorhídrico.

4.^o *Manchas de ácidos y álcalis.* Los ácidos empleados por los químicos, así como el vinagre, el zumo de limon, etc., alteran un gran número de colores, que se restablecen fácilmente con un lavado de agua de jabon, ó mejor dicho, con el amoniaco muy estendido en agua. Recíprocamente, los colores destruidos por el jabon ó los álcalis, tales como la potasa, la sosa, el amoniac, la cal, vuelven cuando se les trata por el vinagre ó por el ácido sulfúrico débil. Sin embargo, el azul de Prusia quitado por los álcalis, no aparece sino difícilmente por la acción de un ácido, y es preciso quitar la mancha inmediatamente que ha sido hecha.

5.^o *Manchas de frutas, de vinos, delicoras, de dulces, etc.* Todas estas manchas desaparecen fácilmente cuando se espone la tela mojada á la acción del ácido sulfúrico, que se produce quemando azufre ó pajuelas. Despues se debe aclarar la tela en agua limpia. El ácido sulfuroso puede ser reemplazado por el agua de Javelle.

6.^o *Manchas de grasa, de aceite, de cera y sebo de las velas.* Cuando tejidos blancos de algodón, lino ó cáñamo se cubren de manchas producidas por los cuerpos grasos, es fácil quitárselas con una fuerte legía ó con jabon. Lo mas frecuente, sin embargo, es que no pueden emplearse estos dos medios para los tejidos de color; y entonces se recurre á diferentes líquidos capaces de disolver los cuerpos grasos. Los que deben preferirse son los siguientes:

La *benzina*, el *aceite de nafta*, el *éter*, la *esencia del terebinto*. Estos líquidos deben ser lo mas puro posibles. Dejan algunas veces en los tejidos un olor desagradable, que se quita laván-

dolos con alcohol (espíritu de vino). Este último líquido cuando está concentrado levanta tambien las manchas de bugia, si se ha tenido cuidado de raspar y cepillar en seguida. Este método es preferible al pasar una plancha caliente sobre un papel de estraza que no absorbe completamente el cuerpo graso, de modo que la mancha, disimulada al pronto, vuelve á presentarse despues de algunos dias. Las manchas de aceite reciente se quitan fácilmente por medio de agua cocida con tierra de pipa, ó con cualquiera otra greda blanca que se estienda por encima y se deja secar. Cuando la mancha es antigua se la moja con la esencia de terebinto, y se la cubre despues con tierra de pipa ó de Segovia, ó polvos muy secos que absorben al mismo tiempo la esencia y el aceite.

Las manchas de pintura se quitan fácilmente con la esencia de terebinto. La del barniz ó resina con el mismo líquido, ó con el alcohol.

Las manchas del sebo de carruages ó de ungüento, deben quitarse como las de los cuerpos grasos ordinarios; pero como este sebo contiene hierro, es preciso recurrir en seguida á los medios indicados para las manchas de hierro. El amoniaco puro ó estendido en el agua, conviene perfectamente para quitar las manchas en los paños de color oscuro: es casi siempre al amoniaco al que recurren los pañeros para limpiar los cuellos de los fraques viejos cubiertos de grasa.

En general, para servirse de un líquido propio para quitar las manchas producidas por los cuerpos grasos, se debe embeber una esponja fina, un cepillo ó un pedazo de franela en muchos dobleces: se refriega la mancha y se renueva muchas veces el líquido. Es preciso tener cuidado de estirar bien la tela, de modo que corra el líquido que sobre: de otra manera se formaría alrededor un cerco muy visible en las telas de color claro. Los guantes se limpian muy bien de este modo empleando la *benzina*: tambien se sirven ventajosamente del polvo de jabon de que se cubre un pedazo de franela ligeramente mojado, y en seguida se frota sobre el guante. El alcohol, el éter, la benzina, el aceite de nafta, la esencia de terebinto no alteran en lo mas mínimo los colores mas delicados. No sucede lo mismo con los otros líquidos, cuyo uso hemos indicado. Así se debe proceder con precaucion estendiéndolos con agua, y ensayando lo que sea posible su acción sobre una muestra ó pedazo de la tela que se quiere limpiar.

Frecuentemente es necesario restablecer ciertos colores alterados por manchas de barro: los paños encarnados de los uniformes militares toman con frecuencia manchas moradas debidas á este motivo. Se las quita fácilmente con jugo de limon disuelto en agua, ó solo con el jugo de limon.

Para limpiar y poner como nuevas las telas de lana, de cachemir, chales, etc., se emplea con muy buen éxito un cocimiento caliente de saponaria. En seguida debe ser aclarada la tela en una artesa, y ponerse despues en agua que contenga un poco de vinagre.

La hiel de vaca tambien se puede emplear para este uso; pero debe ser fresca, y frecuentemente deja un tinte amarillento en la ropa. Las indianas verdes tambien pueden lavarse sin destruirse con la hiel de vaca.

La soda blanca se pone como nueva frotándola con un cepillo de franela cubierto de polvos blancos de greda muy fina y muy secos. En seguida se sacude la tela y se cepilla para quitarle el polvillo que pueda haberse pegado á ella.

Las diferentes telas de seda blanca ó de colores, y sobre todo los gros, se limpian perfectamente por medio del siguiente procedimiento: se deslie en cal á un baño de maria partes iguales de miel y jabon de musgo (jabon de potasa, jabon verde), en alcohol ó aguardiente: el jabon ordinario no conviene: estendida la tela sobre una mesa y frotada con un cepillo, una esponja ó una muñeca de franela embebida en la composición precedente, pasase en seguida la tela á un gran barreño lleno de agua sin arrugarla: se la aclara en una segunda agua, y se la pasa á otra agua ligeramente azul si es blanca: se la plancha entre dos sábanas mientras que esté todavía húmeda, y con una plancha medianamente caliente. Haremos observar que el moaré trata-

do de esta manera debe quedar necesariamente como moaré nuevo después de esta operación. El mismo proceder puede servir para lavar los encajes negros, que se pasan además por una agua ligeramente engomada para darles más consistencia y firmeza.

Todos los productos químicos cuyo uso hemos indicado, se encuentran en casa de todos los droguistas y comerciantes de productos químicos. No hay necesidad de comprar estos productos en las boticas, porque entonces sería más económico el acudir á los quitamanchas. En las droguerías se hallan todas estas primeras materias más baratas y con más comodidad.

EL AGUILA.

De pie en la cima escarpada de un pico de los Alpes ó de los Pirineos, contempla el viajero con admiración la naturaleza siempre bella, aun cuando no ofrece á los ojos más que ruinas y desolación. Las altas montañas cubiertas de una eterna nieve, las peladas rocas, los torrentes que se precipitan espumosos, algunos pinabates que han crecido audaces al borde de un abismo, cautivan alternativamente sus miradas; pero falta la vida á estas sublimes escenas, y se busca en ellas algún ser animal.

De repente aparece un gamo, que salta con ligereza sobre la punta de una roca; otros le siguen y parecen gozarse cerca del abismo, donde el menor paso en falso puede precipitarlos; mas uno de entre ellos ha levantado la cabeza, huye, se precipita, le siguen todos los demás; ¿qué puede causar este súbito terror?

Un águila ha aparecido en las altas regiones del espacio, y rápida como el rayo, se lanza sobre la fácil presa que apercibía, cuando el ágil gamo ha huido á un retiro impenetrable; será una liebre desconfiada que está sobre la humilde colina, la que el tirano de los cielos arrebatará para servir de pasto á sus hambrientos pequeños. Tales son las escenas que se repiten en las altas montañas, y que están en armonía con el horror y la aspereza de los sitios.

El águila ha recibido en todos tiempos el nombre de reina de las aves, y los naturalistas cuentan de ella tres especies: el *águila real* ó *gran águila*, el *águila común* y el *águila pequeña*. Todas tienen cierta fisonomía común que las coloca en la misma familia, pero se distinguen las unas de las otras por su grandor y por particularidades de carácter, porque el águila pequeña no tiene el ánimo arrogante de las otras dos, y en lugar de cernirse en silencio en las nubes como en su imperio, exhala frecuentemente gritos lastimeros que repiten los ecos de las montañas.

En las águilas, como en casi todas las familias de las aves de rapiña, la hembra es más grande que el macho; pero éste es más violento, más feroz y más insociable.

La hembra del águila real tiene hasta tres pies y medio de largo desde la punta del pico hasta la estremidad de los pies, y hasta ocho pies y medio de la punta de un ala á otra.

El pico del águila es fuerte, encorvado, del color de un cuerno azulado; tiene las uñas negras y desgarradoras; su fuerza es tal, que arrebató fácilmente las liebres y aun los corcillos: cuando los animales de que hace su presa son demasiado pesados para ser transportados, los devora en parte y abandona frecuentemente lo demás.

No habita solo las montañas de la Europa, sino también las del Asia y los sitios fríos de la América; aun parece que es poco sensible á las variaciones de la temperatura, porque siendo su vuelo estremadamente elevado, cuando desciende á los llanos, pasa casi sin transición desde las regiones heladas de la atmósfera á las cu-

que los rayos del sol se hacen sentir muy vivamente.

El águila real tiene el grito muy fuerte y penetrante; su mirada es de una extrema vivacidad; se ha pretendido, pero sin admitir otras pruebas que una tradición popular, que miran al sol de frente sin deslumbrarse por su resplandor; mas séanos permitido dudarlo. Esta ave, aunque de una extrema ferocidad, no tiene los bajos instintos del buitre, que se encarna en los animales corrompidos; el águila, por más que la aguijonee el hambre, no se acerca á ellos, pero en ese caso caza con más actividad la carne viva; sobre todo, cuando su cría es demasiado jóven para poder subvenir por sí mismos á su subsistencia, persiguen tenazmente á los animales.

El águila es el ave de mejor vista, y la sirve más que el olfato para la caza, á la que se entrega con ardor; los buitres, por el contrario, olfatean admirablemente, y las menores emanaciones, llevadas por el viento, le guían hácia la presa.

El águila hace su nido, que se llama *área*, sobre la cima de alguna roca inaccesible, en un lugar tan seco como es posible, y resguardado de los vientos; está compuesto de astillas de



El águila.

gincos ó seña pica de largas, que están entrelazadas y luego cubiertas de muchas capas de brezo y yerba seca. Parece que el *área*, una vez construido, se convierte en su habitual domicilio y para toda la vida.

Como todos los grandes animales carnívoros, es insociable y está, á lo más, sujeta á la vida de familia; jamás se reúne en bandadas numerosas; el desacuerdo entraña muy pronto en ellas, y los picos y las garras no tardarían en ensangrentar el patenque hasta que el más fuerte quedase como rey y señor absoluto por derecho de conquista.

El águila cambia de color con la edad; al principio es de un amarillo pálido; luego de color leonado, y á medida que envejecen, sus plumas blanquean por partes. En el Norte, sobre todo, las hay que son casi blancas.

El águila común es de color oscuro ó negro; existe una diferencia menor de volumen entre el macho y la hembra que en el águila real; tiene el iris de los ojos de color de avellana, la piel que cubre la parte inferior del pico es de un amarillo fuerte, el pico de color de cuerno azulado, los dedos amarillos y las garras negras.

Cogida, el águila se vuelve triste y cada vez más feroz; coge con el pico y las garras todo lo que se le aproxima; la esclavitud le irrita, necesita sus nevadas montañas, las áridas crestas de las rocas, y las nubes sombrías por encima de las que le agrada cernirse libremente.

Los pueblos antiguos casi la habían divinizado, haciendo de ella la compañera del señor de los dioses, cuyo rayo tenía en sus garras; los augures consultaban su vuelo, y sacaban de él presagios, que siempre encontraban medio de

justificar de una manera más ó menos espiciosa.

Nadie ignora que los romanos tomaron á esta reina del espacio por emblema de su nacionalidad; las águilas romanas recorrieron victoriosamente las tres partes del mundo entonces conocidas, como después las águilas de la Francia guiaron el grande ejército, hasta el día en que fueron detenidas en su vuelo y fueron á posarse fatigadas en una roca aislada, rodeada por las aguas del mar.

MISCELANEA.

UN CABO NO ES UN HOMBRE.—Un soldado borracho que había reñido con su cabo, concluyó por decirle:

—Calla, tú no eres un hombre.

—Yo te probaré lo contrario, dijo el cabo.

—Jamás, replicó el soldado, es imposible; escucha al mayor cuando manda el servicio por la mañana en la parada, y le oirás siempre decir: para tal parte y tal otra cuatro hombres y un cabo. Ya ves que los cabos no son hombres.

PROYECTO DE UTILIDAD PUBLICA.—¿Saben nuestros lectores lo que cuesta mantener una mosca? No. Pues bien, las moscas se comen por año 52,317 kilogramos de azúcar indígena y colonial. Un hábil estadista que se hallaba en los baños se ha ocupado en resolver este problema, que interesa de cerca al mantenimiento público. Considerando además cuán incómodo, insolente y atormentador es este goloso animal, el sabio decía: «Se haría muy bien en poner precio á las cabezas de las moscas, como sucede en Francia en el Alto-Marné, que se ha puesto precio á las cabezas de las víboras. Esto sería un medio infalible de hacer bajar enormemente el precio del azúcar, sin contar la inmensa ventaja de desembarazarnos de huéspedes tan importunos.»

LUGARZON Y DESARTES.—Lugarzon tenía un placer en burlarse de Desartes, que era de una corpulencia extraordinaria. Cuando en la casa de fieras murió el único elefante que había en ella, Lugarzon fué á rogar á Desartes que fuese con él á casa del ministro, para representar una piteceta para la que tenía necesidad de un compadre inteligente. Consintió Desartes, y se informó del vestido que debía llevar.

—Ponte de luto; vas á representar un heredero.

Va tenemos á Desartes, todo vestido de negro, con su crespon en el sombrero. Llegan á casa del ministro.

—Monseñor, le dijo Lugarzon, el Teatro francés ha tenido el mayor sentimiento por la muerte del hermoso elefante que hacia el encanto de la casa de fieras del rey, y si alguna cosa pudiese consolarle es proporcionar á su magestad la ocasión de recompensar los largos servicios de nuestro camarada Desartes. En una palabra, yo vengo en nombre del Teatro francés, á pedir para él la vacante del elefante.

Figúrense nuestros lectores las careñadas de los concurrentes, y lo que padecería el pobre Desartes. Sale furioso, y á la mañana siguiente provoca á Lugarzon á desafío. Llegado al bosque de Boulogne, los dos campeones echan mano á las espadas.

—Amigo, le dijo Lugarzon, siento verdaderamente un cargo de conciencia al batirme contigo. Tú me presentas una superficie enorme, y tengo muchas ventajas; déjame igualar las partes.

Al decir esto saca un pedazo de yeso y le traza un círculo en el vientro á Desartes.

—Escucha, continuó, todo lo que te dé fuera de aquí no se cuenta.

No había medio de batirse después de esto.

Este desafío burlesco terminó en un almuerzo.